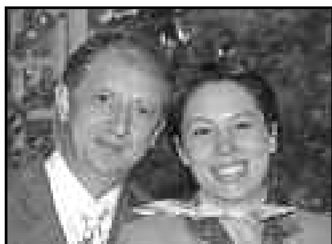


NUEVA ZELANDA



AÑORA EL AMOR

12 de diciembre

[Pídale a una joven que presente este relato en primera persona.]

Yo era una mujer con profesión y grandes esperanzas en el futuro. Pero la vida era difícil después de la caída del comunismo en mi tierra natal de Ukrania. Algunos amigos me invitaron a viajar a Dubai para trabajar. Apenas logré juntar para el boleto de avión y llegué con solo 7 dólares en mi bolsillo. Encontré trabajo en una compañía japonesa como gerente de mercadotecnia que habla ruso. De repente la vida me sonrió. Tenía un apartamento donde vivir y un carro, hacía viajes internacionales para reunirme con clientes, y me hice de muchos amigos. Tenía todo lo que quería, pero sentía un vacío en mi vida.

Crecí en Ukrania, cuando el comunismo tenía bajo su control mi tierra, y mi abuela temió hablarme acerca de Dios. Pero en mi corazón sabía que él existía, y lo había buscado. Esa necesidad de Dios volví a sentirla en mi vida en Dubai. Pero no sabía cómo encontrarlo.

Conocí a personas de todos los países, de todos los credos. Les interrogaba acerca de sus creencias. Aprendí mucho, pero aún no encontraba lo que buscaba.

Me sentía sola y deseaba tener un hombre que me amara como mis amigas los tenían. No cualquier hombre. Quería alguien que tuviera valores morales elevados. Mis amigas me presentaban a hombres, pero ninguno de ellos tenía las características que yo buscaba.

La cita

Cuando un amigo ofreció presentarme a su amigo, no estaba segura que lo quería conocer. Ya conocía a muchos de los amigos de este hombre, y ninguno me llamaba la atención. Por lo tanto, lo ignoré.

Pasaron los meses. Entonces mi amigo me invitó a una fiesta. Acababa de regresar de un viaje de ultramar y estaba exhausta. Traté de poner excusas para no ir, pero mi amigo insistió tercamente. Finalmente acepté ir a la fiesta solo para que ya no me molestara.

Mi amigo me presentó al hombre de quien me había hablado, Dragisa. Sentí que él era diferente. Mientras hablábamos sentí que era especial. Y antes de regresar a casa intercambiamos números telefónicos.

No podía olvidarme de él. Mis colegas de trabajo notaron que me veía diferente.

—Estoy enamorada —les dije. Ellos se sorprendieron. Era demasiado exigente cuando se trataba de hombres: no pensé que era lo suficientemente sensible para poder enamorarme.

Dragisa y yo pasamos mucho tiempo juntos. Pero cuando lo invitaba a salir el viernes de noche o durante el sábado, o cuando no tenía que trabajar, se negaba a hacerlo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Soy adventista del séptimo día —contestó. Pensé que «adventista» era un grupo político o un negocio, o algo por el

estilo. Pero una noche durante la cena Dragisa comenzó a hablar de Dios. Escuché atentamente y le hice todo tipo de preguntas, preguntas que me había hecho durante años. Contestó cada una de ellas, y sus respuestas tenían sentido. Olvidé dónde estábamos, y de la gente que nos rodeaba y hablamos durante horas.

Conociendo a los padres

Cuando los padres de Dragisa llegaron para visitarlo en Dubai, me advirtió que a sus padres nunca les habían gustado sus novias. Pero cuando nos conocimos, les caí muy bien y pronto nos hicimos amigos. Para cuando terminó la velada ya me estaban llamando hija.

Pasé cada momento libre con Dragisa y sus padres. Su papá era pastor. Le hice muchas preguntas, y me contesto todas. Al ver cómo Dios era parte de sus vidas, me di cuenta que Dios se estaba convirtiendo en una parte muy real en mi propia vida. Mi relación con él iba creciendo, porque había encontrado una nueva familia, la familia de Dios. Acepté a Cristo y me bauticé. Pronto mi novio y yo nos comprometimos.

Una nueva carrera

Pero las cosas no eran fáciles. Recibí invitaciones muy tentadoras de diferentes compañías, pero las rechacé porque tendría que trabajar en sábado. Después de casarnos, Dragisa y yo nos mudamos de Dubai y nos establecimos en Nueva Zelanda, donde mi esposo puso una oficina en su negocio. Formamos parte de una iglesia adventista local y conocimos a varios otros adventistas de habla rusa.

El pequeño grupo de creyentes se reúne en una iglesia cuyos miembros hablan inglés, pero estamos creciendo. Recientemente fuimos bendecidos al tener nuestro propio pastor, que también habla ruso, para ayudarnos a establecer una nueva iglesia en Nueva Zelanda. ¡Tenemos grandes planes! Queremos comenzar un programa de televisión en lengua rusa y una cafetería «Esperanza», donde se sirva comida saludable en una atmósfera cristiana, donde la gente pueda reunirse y asistir a seminarios al mismo tiempo.

He abandonado mi carrera para poder dedicar mi vida a mi familia y la iglesia. Quiero que otras personas, que están buscando como sucedió conmigo, sepan que Dios puede hacer una diferencia en sus vidas.

Sus ofrendas misioneras ayudarán a estas personas a encontrar a Cristo. Ellos también pueden establecer nuevas congregaciones de creyentes alrededor del mundo.

Ninel y Dragisa Markovic viven en Christchurch, Nueva Zelanda.

El desafío

☛ La población relativamente peque a de Nueva Zelanda (poco más de 4 millones de habitantes) incluye miles de inmigrantes. Mientras la mayoría proviene de las islas del Pacífico Sur, un número significativo ha llegado de Europa oriental y Asia en busca de una vida mejor. Los inmigrantes generalmente son más abiertos a explorar una nueva fe que aquellos que han vivido en un determinado país durante muchas generaciones.

☛ Los pioneros de Misión Global han sido comisionados para plantar iglesias entre estos grupos minoritarios e inmigrantes. La iglesia a la cual Ninel y su esposo asisten recibe ayuda tanto de Misión Global como de las ofrendas misioneras para el crecimiento de sus nuevas congregaciones.